de la heregía y de la incredulidad, como esos metales preciosos que encontramos mezclados á escorias impuras. Sabemos que su luz ha sido oscurecida por inmensas tinieblas y que innume rables ilusiones, extravíos y desmayos han se ñalado cada paso de la humanidad religiosa y creyente. Pero tambien afirmamos, que nunca, ni en parte alguna, ha perecido por completo el rayo divino y que, á pesar de nuestra ignoran cia y nuestras aberraciones, la luz de la verdad divina y sobrenatural no ha dejado nunca de presidir á los destinos de nuestra estirpe.

Hagamos á un lado toda ambigüedad, y vamos al fondo de la cuestion. ¿Es ó no es verdad, que bajo los símbolos más perfectos y opuestos, haya mantenido el sentido comun de todos los pueblos su creencia, más ó ménos completa, pero inquebrantable en todo caso, en la divinidad, en la providencia, en la distincion entre el alma y el cuerpo, en la moral, en la libertad y personalidad humanas, en la inmortalidad, en la vida futura, en todas esas verdades fundamentales, que residen, hasta cierto punto, en el fondo de la razon y la conciencia, y que no se pueden conmover sin arruinar al mismo tiempo á nuestro ser intelectual y moral? ¿Es ó no es cierto, que en un órden más elevado, haya creido siempre y

por todas partes la humanidad, en la revelacion divina, en el milagro, en la profecía, en el poder de la oracion, del culto, de los sacrificios, en todo cuanto constituye el fondo y la creencia de lo sobrenatura?

Recórranse los libros sagrados de todos los pueblos; estúdiense sus anales, sus instituciones y sus monumentos; analízese haste el caos de sus fábulas y de sus supersticiones. B jo los más extravagantes creaciones de la ignorancia y de las pasiones, se hallarán por todas partes los elementos constitutivos de la verdad natural jy tradicional, de la razon y de la fé, del mismo que, bajo las capas más disímbolas, acumuladas por las revoluciones geológicas, se encuentra, en las profundidades, el granito primitivo, sobre que descansan los asientos de nuestra tierra.

Hay, pues, en las vicisitudes religiosas de los pueblos, un elemento universal, constante, inmu table que llamamos la afirmación metafísica de la razon, la afirmación teológica de la té. Y esta es la contradicción formal, no tan solo del ateismo positivista, sino de cualquiera otro, y lo es además, en su parte religiosa y teológica, de todo sistema puramente deista ó racionalista. Esta potente y temible afirmación, es la que oponemos d la negación de nuestros adversarios; la que co

¿Quién nos asegura, que en un porvenir más o ménos lejano, tantas explicaciones que nos parecen indiscutibles, no sufran igual suerte? La ciencia del hombre ó de la naturaleza, la de los séres inorgínicos, ú organizados, no hay una si quiera que no safra de siglo en siglo, y aun frecuentemente de diez en diez años, profundas metamórfosis. Recuérdense las trágicas vicisitudes de tantos sistemas, que se halagaban con revelarnos, para siempre, los misterios más intimos de la geología y de la astronomía, de la física y de la fisiología, de la paleontología y de la his toria natural, ¿Qué ha sido de tan orgullosas pretensiones? Que se examinen los anales de la ciencia y en ellos se descubrirán casi tantas ruinas cuantos sistemas; y si algo puede curarnos de toda presuncion científica es, no lo olvidemos, la historia misma de la ciencia.

¿Debemos, por tanto, dudar de los resultados formales, y proclamar el esceptisismo en mate ria científica, así como se complacen los positivistas en hacerlo en la de filosofía trascendente y de religion? No; seria contestar una exageracion con otra, oponer á una locura otra contraria, vengar odiosas agresiones con represaltas no ménos odiosas, sustituir, en una palabra, una lógica detestable con otra no ménos detestable. ¿Pe-

ro, en suma, hariamos más, que aplicar su méto do? ¿Qué podrian contestar que no fuera una condenacion abrumadora de su sistema?

Pues bien, no; preferimos la síntesis fecunda de las verdades á la estéril oposicion de los er rores. Sean como íueren las incertidumbres, las decepciones y las variaciones de la ciencia, hay problemas que ha resuelto para siempre, misterios en los que ha hecho penetrar, del mismo modo, el rayo de la evidencia. No diremos que esta evidencia científica sea ménos cierta que la filosófica ó religiosa; nó, ya lo hemos declarado, y no nos cansaremos de repetirlo, por do quiera brilla, ó es soberana la evidencia, ó no existe. Pero negamos que tenga una autoridad más imponente que la del sentido comun y de la fé religiosa; negamos que pueda reclamar para el un privilegio que se rehusa á las otras dos. Negamos que pueda constituirse, en provecho de algunos sabios, una certeza que se rehusa á la afirmacion del género humano.

Dejemos, pues, para siempre, esas tésis falsas, incompletas, excesivas y desesperadas, que nada prueban, porque prueban demasiado, y cuya exageración solo sirve para mantener una sofística parásita, á expensas de la verdad, de la justicia y del buen sentido. Sepamos en todo,

DOCTRINAS POSITIVISTAS-36

discernir lo verdadero de lo falso, lo cierto de lo incierto, lo probable de lo dudoso; y porque haya sombras y nubes en el horizonte del mundo de las inteligencias, no vayamos á exclamar, como locos ó como niños, que ya no hay sol.

¿Quién desconoce, además, que la pretension del positivismo es la injuria más sangrienta que pueda errojarse á la razon del hombre, á la conciencia de los pueb'os y á todo el pasado de nuestra raza. ¿Pues qué, la teoría positivista, es decir, para hablar con claridad, el ateismo más formal y más radical, seria la única certeza que hubiera aparecido en este mundo? ¡Solo él mereceria la aprobacion de la ciencia; y no seria he. rido por el anatema del error! ¡Todo lo demás: las convicciones del genio, las inducciones de la lógica, las afirmaciones del sentido comun, el veredicto del sentido moral, la inquebrantable té de la humanidad, todo esto habria sido un embuste lamentable! ¡Sesenta siglos se verian encadenados al error, como el esclavo de los antiguos al instrumento de su suplicio, y á estas horas, millones y millones de hombres, para quienes la fé en lo sobrenatural, en el Dios personal y vivo, es el alma de su alma, vivirian con una ilusion pueril 6 con un sofisma vergonzoso, y tan fatalmente como vivimos en la atmósfera

que respiramos? Francamente, cuando un sistema se vé reducido á tales extremos, queda consumada la obra de la justicia, y nos parace que toca casi á la compasion comenzar la suya.

Hay además un argumento que sin remedio decide la cuestion. Los positivistas admiten la ley moral o lo que ellos llaman la moral independiente. Aun cuando sus principios la trastornen por completo, y sus preceptes flaqueen en muches puntos de sus escritos, (1) es necesario reconocer que no se atreven á negar su autoridad y tienen empeño en proclamar, con nosotros, su imperio, absoluto. Ahora bien; antiguamente los destinos de la moral se han identificado por todas partes y siempre con los de la metafísica y teología. Cada golpe dado sobre estas ha venido á herir, por reaccion, á aquella. Cada objecion que debia llevarse el dogma filosófico ó religioso, arrastraba con ellos á la moral. Lo que resalta con más brillo en la historia de las doctrinas es, que la creencia en Dios y la creencia en la virtud han tenido los mismos defesores y los mismos adv rsarios, la misma grandeza y la mis-

<sup>[1]</sup> Vease más arriba: El positivismo y la moral.

locamos en paralelo con las supuestas certezas superiores, cuyo monopolio reclaman. Ella es la que con su universalidad, perpetuidad é incomparable autoridad, domina el vasto escenario de nuestras luchas, de nuestras discusiones, de nuestros triuntos y de nuestras derrotas mismas; ella en una palabra, la que se exime en lo absoluto del reproche de instabilidad é incertidumbre, de contradicción y de impotencia, que nos dirigen los positivistas, y la que derriba por su base la objeción que nos oponen.

Pero cuál es el objeto perpétuo é inmutable de esta inmutable y perpétua afirmacion? Es precisamente ese mudo metafísico y sobrenatural, cuya ruina ha jurado el positivismo. Afirma á Dios, su realidad, su sustanciabilidad, su personalidad soberana, sus atributos más perceptibles y accesibles á nuestro pensamiento. Afirma el mundo divino, sus leyes y sus condiciones dominantes, así como las relaciones más esenciales que nos ligan con este mundo. Sobre este punto no hay divergencia. La unanimidad es completa hasta donde es posible. (1) ¿Qué más se necesi-

ta? Pero, nos dicen, que en el momento en que se pretende penetrar en la naturaleza íntima de Dios, de el alma, de su orígen y de su destino, se dividen los ánimos, nacen unas opiniones de otras opiniones, unos sistemas de otros sistemas, y la unanimidad, que tanto se pregona, se rompe bajo el choque de las contradicciones.

Supongamos que sea así. ¿Qué es lo que prue. ba esto? ¿Por qué no penetra mi pensamiento en la naturaleza íntima y esencia misma del sol, porque no conozco todas sus propiedades, toda su composicion y todas sus relaciones, deberé razonablemente negar su existencia, su luz, su virtud vivificante y todas las dem's calidades cuyo brillo se impone á mis sentidos? ¡Cómo! ¿Por qué no conoceis la naturaleza íntima del mundo, ni la vuestra, llevareis la extravagancia hasta negar el mundo, hasta negaros á vosotros mismos? ¡Rara contradiccion del espíritu del error! No admitis, no afirmais otras sustancias que las de la materia. Toda realidad positiva se reduce para vosotros á la moléculala ó al átomo Pues bien; decidnos ¿Sabeis cual es la naturaleza intima, ó la esencia de la materia? ¡Son sus elementos extensos ó inextensos? Extensos, son divisibles divisibles, son compuestos; compuestos, tienen componentes, ¿son estos componentes

DOCTRINAS POSITIVISTAS-35

<sup>(1)</sup> Vease á Huet Aluetan quaest. bib. N. c. IV. Lamennais. Essai sur l'indifference. Vol. III ch XXI.

extensos? Si decis que si, renace el problema; si decis que no, son, pues, simples é inextensos ¿S; son inextensos, cómo producen la extension? No lo sabeis, y por més que hagais os envuelve el misterio; vuestros pareceres se dividen; el mun. do de la materia, el único que conoceis, se disuelve, en cierto modo, en vuestras manos ¿Qué dirias pues, si como conclusion aseguraramos. que la materia no es mas que una abstraccion y el átomo una quimera? Os compadeceriais de nuestras pretensiones. Y sin embargo, nuestro único crímen seria poner en practica vuestra lógica. ¡Pues qué, os estrellais ante un átomo y nos reprochais que no penetremos todo el misterio del infinito! O dejais de blandir tan débiles armas, ó bien os resignais á ver desaparecer hasta la materia en la negacion con que rechazais á Dios.

Sí, la afirmacion de Dios no es ménos universal, ni ménos sostenida que la de las realidades sensibles, y no hay una sola de vuestras objeciones contra el conocimiento de Dios y de las existencias metafísicas, que no podamos retorcer con igual fuerza contra la ciencia del mundo y de la materia.

Nos queda el argumento que procede de la existencia de los ateos. Estos, se dice, no solo

han-puesto en duda tal ó cual arributo de Dios, sino que han negado á Dios mismo. Tomad nota de estas negaciones y renunciad á esa orgullosa unanimidad que reclamais para vuestras creencias.

Suponiendo, lo que es contestable, que haya habido ateos siste máticos y convencidos; admitiendo que su voz haya faltado á sus votos de la humanidad, ; se cree que semejante anomalía puede crearnos una dificultad? ¿Y desde cuándo puede una excepcion imperceptible hacer falsear una regla? ¿Desde cuándo argüiria la locura de unos cuantos, contra la razon de todos? Os vanagloriais de la certidu mbre de los datos positivos de experiencia. ¿Estais bien seguros que no haya quien los contradiga? ¿Habeis olvidado que no han faltado insensatos que hayan puesto en duda los hechos más positivos de la experiencia? ¿Habeis olvidado que la fé experimental y científica ha encontrado, por lo ménos, tantos escépticos é incrédulos como la filosófica y religiosa? Citadme un hecho, una verdad, una sola, que haya escapado de las garras de la negacion. Nada más cierto que la existencia de la materia y del movimiento, la multiplicidad de los áto mos y de las sustancias, la vida y la sensibilidad de los animales, la certeza de los hechos de la experiencia, la verdad de ciertos acontecimientos históricos. Proclamais todas estas verdades como absolutamente evidentes y ciertas, y teneis razon. Tanto como vosotros, afirmamos su evidencia y certeza. ¿No rehusó Berkeley toda realidad al mundo corpóreo? ¡No han puesto en duda los idealistas lo que dais como cierto? ¿No han rebajado los panteistas al rango de puro fe nómeno, ó pura ilusion, lo que considerais como única existencia real y sustancial? ¿No redujo Descartes à los animales al estado de simples máquinas, desprovistas de toda vida y sensibilidad? ¿Han hallado gracia los hechos más auténti cos de la historia, ante la reprobacion de Pyrron y sus discípulos? ¡Pero qué digo?¡No se han encontrado sofistas sin freno, como Enes demo, Sexto Empírico y otros muchos de su escuela, que han querido derribar á los golpes de un esceptisismo universal, no solo la certidumbre de Dios y del mundo, sino hasta la de su propia existencia?

¿Vale la pena detenerse ante todas estas negaciones, y será necesario renunciar á los hechos más positivos de la experiencia, no ménos que á las verdades más elementales de la razon, por que se haya ocurrido á algun espíritu excéntrico, oponerles sus fútiles y orgullosas paradojas? Déjense pues de reclamar para lo que se llama afirmaciones positivas, el beneficio de una certeza que se rehusa á las metafísicas y religioses. La adhesion general de los ánimos es la regla para unas como para otras; la protesta aislada de algunos visionarios, ó de algunos fanáticos, forma la excepcion. Qué seria de la ciencia más positi ve, así como de la metafísica ó teología si fuese necesario entregar sus títulos más auténticos y más evidentes á la resolucion de una abstinacion miserable ó á los caprichos de una locura incurable?

Es propiedad de los ánimos pequeños y de las inteligencias falsas no percibir más que un lado de la cuestion, de exagerarla sobre manera, de sacar de él consecuencias extremas, sin tomar en cuenta para nada aquellos principios y verdades que con trecuencia limitan y modifican esas consecuencias. Confundir con incorregible obstinacion lo absoluto y lo relativo, lo cierto y lo problemático, lo esencial y lo accidental, el derecho y el hecho, y por lo mismo lo verdadero y lo falso, lo real y lo quimérico; esto es lo que eminentemente caracteriza al espíritu sofístico, ó la debilidad de espíritu. Esto es lo que contínuamente está volviendo á poner en te'a de juicio en no sé qué invencible y soberano que

reside, como axioma primitivo é indiscutible de la fé, de la razon, ó de la experiencia en el alma misma de la humanidad. ¡No es esto sustituir la armonía de la verdad total, con el caos de los sistemas parciales y exclusivos? ¡No es esto eternizar los equívocos y las discusiones?

Pues para llegar á la aplicacion, tuo es esto precisamente lo que hacen los positivistas? De una plumada suprimen todo un hemisferio del mundo de la verdad. Afirman el lado de la experiencia y tienen razon. Niegan el de la razon y de la fé; y este es un inmenso error. Por solo este rasgo reconozco el sofisma y rechazo el sistema ¡Ah!¡No es así como procede la humanidad! No vé toda la verdad; pero, al ménos, no rechaza ninguno de sus elementos esenciales. Solo posée una síntesis, más ó ménos imperfecta, más o menos implícita o desenvuelt; pero no por eso la despedaza, á riesgo de quedarse, como los inventores de sistemas, solo con un troz) informe. No; la humanidad afirma al mismo tiempo y con todos sus datos fundamentales, la verdad experimental y la metafísica, la natural y la sobrenatural, la científica y la religiosa. Allí y solo allí, en ese conjunto, se encuentra, bajo la forma más completa, la doctrina de la verdad. Fuera de allí, por más que se haga y sea cual fuere la fantasía de la invencion, no veo más que el juego culpable del espíritu del error, y la mutilacion sacrílega de la imágen divina, que sola tiene derecho á los homenajes de nuestra fé y nuestro amor.

Se nos ponderan las conquistas de la ciencia, y nos guardaremos de negarlas. Pero áun en esto es necesario que las exageraciones del entusiasmo no prevalezcan contra los derechos inalienables de la justicia. ¡Cuantas de estas conquistas han desaparecido de la noche á la manana, como los granos de arena que barren las tempestades; ¡Cuantos sistemas trastornados por otros sistemas; ¡Caástas opiniones effmeras olvidadas ante otras nuevas! ¿Se produce la luz por emision of por vibracion? ¿Es la gravitacion me cánica ó dinámica? ¿Es el calórico un fluido sustancial o simple producto del movimiento? [1] ¡Cuántas teorías, sostenidas con intrepidez, hace un sigio, como última palabra de la ciencia y que á la hora de esta no son sino recuerdos, relegados, en cierto modo, al museo de las curiosidades cientificas!

<sup>[1]</sup> Vease a A AIRN. Theorie mecanique de la cheleur.